

Huelga estudiantil

Teresa Zurdo Gil

*Sangre que no se desborda,
juventud que no se atreve,
ni es sangre, ni es juventud,
ni relucen, ni florecen*

Miguel Hernández

Aquel día madrugamos mucho.

Habíamos pasado la noche en la universidad, con los sacos de dormir tirados en el suelo. Todavía no había salido el sol cuando ya estábamos en pie dispuestos a vivir el momento tan esperado.

En los labios de todos estaba esa palabra: "*huelga, huelga, huelga*".

Llevábamos toda la semana pegando carteles por la Universidad, hablando por las clases, animando a unirse a la protesta. Desde el Sindicato de Estudiantes habían sido días de actividad intensa, de reuniones, de asambleas en mitad de los pasillos y discusiones en las esquinas.

—No podemos dejar que decidan por nosotros. Tenemos que salir a la calle — había dicho Héctor, que era uno de los cabecillas, y nosotros nos uníamos a ese ardor.

Ahora veíamos con orgullo aquel cartel enorme que colgaba en el *hall* de la Universidad. Habíamos tardado una tarde en terminarlo, pero había valido la pena. Yo había estado con Ana, que era la chica más guapa de la clase, y me había jurado que tenía que pedirle salir antes de que acabase el curso.

Después de recoger el campamento que habíamos montado para pasar la noche, desayunamos sentados en el suelo. Vi a Ana, que estaba más guapa que nunca, a pesar de haberse levantado hace poco. Tenía el pelo revuelto y los ojos brillantes.

—¿Qué tal? —preguntó.

Yo le pasé el brazo por encima de los hombros.

—Fenomenal —respondí sonriendo—. Estamos preparados.

Un rato después nos dividimos en grupos para formar los piquetes, antes de que llegasen los estudiantes a la primera clase de la mañana. Cogimos contenedores, que pusimos en el aparcamiento para impedir la entrada de coches al recinto, montando una especie de barricada.

El amanecer empezaba a iluminar las paredes de la Facultad, que habían sido pintadas con distintos grafitis durante la noche.

La emoción se palpaba en el ambiente.

Huelga, huelga, huelga.

Después de años de pasividad, de conformismo, por fin nos habíamos puesto en rebelión. Por fin estábamos luchando por algo. Ya estábamos cansados de estar muertos.

Recordaba cómo Don Hilario nos acusaba de ello en sus clases:

—¡Vuestra apatía se debe a vuestra falta de ideales! —gritaba desde la tarima—. ¡Os habéis quedado sin nada por lo que luchar y por eso ahora estáis vacíos!

Don Hilario era uno de los profesores que llevaba más tiempo en la Universidad, al que no habían conseguido echar a pesar de los múltiples intentos. En sus clases se indignaba y voceaba criticando la pasividad del joven:

—¡El deber fundamental de la juventud es la rebeldía! —dijo en otra ocasión citando a Gregorio Marañón—. ¡Y vosotros carecéis de ella! ¡Por eso esto ni es juventud ni es nada!

¿Has visto, Don Hilario, como sí somos capaces de rebelarnos?

¿No te diste cuenta de que estábamos deseando hacerlo? ¿De que deseábamos rebelarnos contra *algo*, fuese lo que fuese, con tal de cumplir con ese deber de rebeldía que tenemos por dentro?

Unas horas después entramos en las aulas, impidiendo el transcurso normal de las clases y animando a unirse a la huelga.

—¡Estamos en huelga! —decíamos—. ¡Nuestra lucha es vuestra lucha!

Alguien hizo saltar la alarma antiincendios, provocando que las clases acabasen de interrumpirse. Un rumor de triunfo se extendía por los pasillos de la Facultad, que iba cada vez en aumento.

—La policía está viniendo —avisó uno de los chicos—. ¡Tenemos que irnos!

Dijeron que una de las barricadas para impedir la entrada se había incendiado y los bomberos estaban apagándola. También que se había formado alguna pelea en la entrada de la Universidad que había acabado con algunos heridos.

Al aviso de la policía, salimos corriendo al exterior, donde se había congregado mucha gente. Había pancartas, banderas y altavoces.

Huelga, huelga, huelga.

La multitud empezó a marchar con fuerza mientras pedíamos dimisión del rector. Se coreaban lemas y se tiraron algunas bengalas.

Huelga, huelga, huelga.

Avanzábamos unidos, gritando, hacía el Rectorado de la Universidad. Cada vez se unía más gente. Marchábamos en bloque, como uno solo. Éramos invencibles. Nos sentíamos fuertes, poderosos.

Ana se colgó de mi brazo y yo me sentí feliz. Tuve ganas de besarla en ese mismo momento.

El murmullo se había convertido en un grito: *huelga, huelga, huelga.*

Ya casi estábamos en el edificio del Rectorado. La policía trató de cerrarnos el paso pero nosotros teníamos un objetivo y no estábamos dispuestos a retroceder.

—¡No nos moverán! —gritábamos.

No nos moverían porque por fin estábamos luchando por algo.

En ese momento, una duda surgió en mi mente que me hizo detenerme.

En el fondo, no sabía exactamente por qué se había convocado la huelga.